

—¡Un parte?... ¿No hay bastante todavía?...

Toma el carpeta azul y lo abre temblando. El dios, herido ya por dos veces, empieza á sentirse vulnerable, á perder el aplomo: conoce ya los temores, las debilidades nerviosas de los demás mortales... A ver la firma... Mora... ¿Es posible?... ¡El duque, el duque á él!... Sí, no hay duda... M...o...r...a...

Y arriba:

*Popalasca ha muerto. Elecciones próximas en Córcega. Sois candidato oficial.*

¡Diputado!... Era su salvación. Ya nada había que temer. Á un representante de la gran nación francesa no se le trata como á un mercachifle cualquiera...

Los Hemerlingue hundidos...

—¡Oh, duque, noble duque mio!

Estaba tan afectado que no podía firmar. Y de repente:

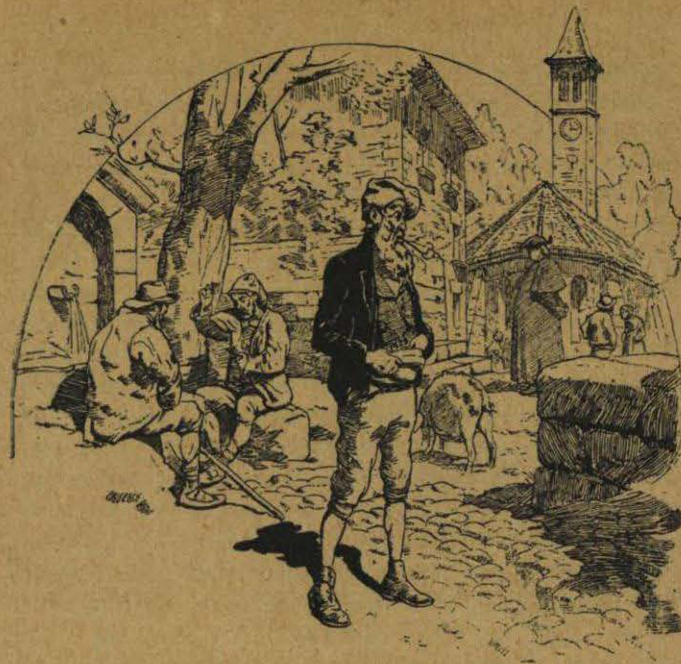
—¿Dónde está el que ha traído este despacho?

—Aquí, señor Jansoulet, respondió en el corredor una voz meridional y familiar.

El peatón estaba en suerte.

—Entra, dijo el Nabab.

Y entregándole el recibo, cogió á granel en sus bolsillos siempre repletos cuantas monedas de oro podían caber en sus dos manos, y las echó en la gorra del pobre diablo balbuciente, azorado, deslumbrado por la fortuna que le llovía en la oscuridad de aquel palacio encantado.



XII

UNA ELECCIÓN CORSA

Pozzonegro por Sartene

Por fin puedo escribiros, mi querido señor Joyeuse. Los cinco días que llevamos en Córcega hemos corrido, hablado tanto, cambiado tan á menudo de vehículo, de montura, ora en mulo, ora en asno y aun á cuestras humanas para vadear los torrentes; hemos escrito tantas cartas, anotado tantas peticiones, visitado tantas escuelas, repartido tanta casulla, tanta sabanilla de altar, apuntalado tanto campanario al traste y fundado tanta sala de asilo; hemos inaugurado tanta cosa, hecho tanto brindis, consumido tanto arenque, vino de Talano y queso de leche, que ni un minuto he tenido para mandar un afectuoso saludo. Por fortuna mi ausencia no va á prolongarse mucho porque pensamos partir pasado mañana y regresar directamente á París. Por lo que toca á la elección

creo que no hemos hecho el viaje en balde. Córcega es un país admirable, conjunto de miseria y de orgullo lo cual hace que, aun á costa de las más dolorosas privaciones, las familias nobles ó de la clase media aparenten una posición desahogada que en realidad no tienen. Aquí se habla con mucha formalidad de la fortuna de Popolasca, ese diputado menesteroso á quien la muerte ha robado los cien mil francos que debía de valerle su dimisión á favor del Nabab. Toda esta gente, por otra parte, tiene la monomanía de los empleos, siente la necesidad de vestir un uniforme cualquiera y de ostentar una gorra en la cual pueda escribirse: «empleado del gobierno.» Si á un campesino corso le diérais á escoger entre la hacienda más pingüe en Beauce y el más humilde talabarte de guardia rural, no vacilaría un momento y se quedaría con el talabarte. Ya podéis comprender, dadas estas condiciones, si ha de contar con probabilidad de triunfo el candidato que disponga de una fortuna personal y del favor del gobierno. Así pues, M. Jansoulet será diputado, sobre todo si logra salir con bien del paso que da en este momento y que nos ha traído aquí, el único mesón de una pequeña comarca que llaman Pozzonegro (Pozo negro), un verdadero pozo completamente negro de verdor, una cincuentena de casitas de piedra roja apiñadas al rededor de un alto campanario á la italiana, en el fondo de un barranco circuída de empinadas cuestas, de peñas de arenisca rojiza escaladas por inmensos bosques de alerces y de enebros. Por la ventana abierta, frente á la cual escribo, diviso arriba un pedazo de azul, el orificio del pozo negro; abajo, en la estrecha plazoleta la cual cubre con su sombra, como si ésta no fuese ya de suyo bastante densa, un frondoso nogal, dos pastores, cubiertos de pieles de animales, de codos en la piedra de una fuente, jugando á cartas. El juego es la enfermedad de este país de pereza, donde hasta la siega se encarga á los campesinos de Lucca. Los dos pobres diablitos que tengo á la vista no encontrarían en sus bolsillos ni la más pequeña moneda de cobre; por esto el uno juega su cuchillo, el otro un queso cubierto de pámpanos; cada uno tiene á su lado, en el banco, su pues-

ta respectiva. Un cura bajito, con el cigarro en la boca, les está mirando y parece como que se tome el mayor interés por la partida.

»Esto es cuanto se ve; ni el más leve ruido, fuera del de las gotas de agua que destilan encima de la piedra, de la exclamación de uno de los jugadores que jura por el *sango del seminario*, y debajo de mi cuarto, en la sala del mesón, la voz calurosa de nuestro amigo mezclada con los tartajeos del ilustre Paganetti que le sirve de intérprete en su conversación con el no menos ilustre Piedigriggio.

»M. Piedigriggio (Pie gris) es una celebridad local. Es un corpulento anciano de setenta y cinco años de edad, que todavía se mantiene muy tieso, con una chaquetilla encima de la cual se tiende su luenga barba blanca, con una gorra catalana de lana oscura en la cabeza blanca también, en el cinto un par de tijeras de las cuales se sirve para cortar en el hueco de la mano las anchas hojas de su verde tabaco; aspecto tan venerable, que cuando ha atravesado la plaza estrechando la mano al cura, no se me hubiera ocurrido nunca ver en él al famoso bandido Piedigriggio que desde 1840 á 1860 fué el amo de Monte Rotondo y tuvo en jaque á la tropa y á la gendarmería, y hoy, merced á la prescripción cuyos beneficios aprovecha, después de haber cometido siete ú ocho asesinatos con arma blanca y de fuego, pasea tranquilamente por el país y goza de una preponderancia considerable. El porqué consiste en que Piedigriggio tiene dos hijos que, siguiendo notablemente sus huellas, han empuñado el fusil y heredado el oficio de su padre. Como hizo éste veinte años seguidos, no hay medio de encontrarles ni de cogerles; avisados por los pastores de los movimientos de la gendarmería, en cuanto ésta abandona una aldea aparecen en ella los bandidos. El mayor, Escipión, vino el último domingo á oír misa en Pozzonegro. Suponer que son queridos y que el apretón de manos ensangrentadas de aquellos miserables haya de ser muy agradable á cuantos lo reciben, sería calumniar á los pacíficos habitantes de esta comarca, pero son temidos y hacen ley de voluntad.

»Pues bien, los Piedigriggio están empeñados en proteger al candidato adverso, protección temible que puede hacer votar en contra nuestra á dos cantones en masa, porque los bribones tienen las piernas tan largas en proporción como el alcance de sus fusiles. Nosotros, naturalmente, tenemos de nuestro lado á los gendarmes, pero los bandidos pueden mucho más. Como nos decía esta mañana el posadero: «Los gendarmes se van y los bandidos quedan.» Ante un modo de razonar tan lógico, no había otro recurso que entrar en tratos con los Piedigriggio cerrando los ojos á lo criminal de la acción. El alcalde ha insinuado algo al viejo, éste ha consultado á sus hijos, y en este momento se están discutiendo las condiciones del contrato. Desde aquí oigo la voz del gobernador: «Vamos, camarada, ya sabes que soy un corso de raza como tú... y que...» Pero el camarada parece que se hace el tonto, y estoy seguro de que interín no suenen las monedas encima de la mesa el asunto permanecerá estancado.

»Es que Paganetti es conocido de sobras en su tierra natal. Cuánto valga su palabra escrito está en la plaza de Corte que sigue aguardando el monumento á Paoli, en los vastos campos de zanahorias que ha hallado medio de plantar en esta nueva Itaca de áspero suelo, en los portamonedas lacios y vacíos de tanto desgraciado cura de aldea, de tanto hacendado y tanto noble de poco fuste cuyos mezquinos ahorros ha conseguido tragarse haciendone. Y en verdad que para presentarse otra vez por aquí se necesita de todo el aplomo fenomenal que tiene él, amen de los recursos con que cuenta hoy para cerrar la boca á las reclamaciones.

»En definitiva, ¿qué es lo que hay de cierto en esos fabulosos trabajos emprendidos por la *Caja territorial*?

»Nada.

»Minas que no dan, que no darán filón alguno porque sólo existen en el papel; canteras que no saben todavía lo que es el pico ni la pólvora, landas incultas y arenosas que se miden con alargar el brazo y decir: «Comenzamos aquí... y llegamos hasta allá, al quinto infierno.» Otro

tanto pasa con los bosques: toda una vertiente arbolada del Monte Rotondo que es nuestra, según parece, pero en la cual, á menos que los leñadores vayan en globo, es de todo punto imposible hacer corta alguna. Pues lo mismo con las estaciones balnearias, entre las cuales figura en primer término este miserable villorrio de Pozzonegro con su fuente, cuyas propiedades ferruginosas pone Paganetti en las nubes. Transportes de vapor, ni por pienso. Digo mal, sí, un vetusto torreón genovés, medio derruido, en mitad del golfo de Ajaccio, que ostenta encima de la puerta de entrada, cerrada herméticamente, la siguiente inscripción, en un letrero que en buenos tiempos fué dorado: «Agencia Paganetti. Compañía marítima. Oficinas de consignación.» Los guardianes de la oficina son un escuadrón de lagartos grises nada pequeños, ítem más un mochuelo. En cuanto á los caminos de hierro, siempre que hablaba de ellos á alguno de los de por ahí me contestaba sonriendo maliciosamente, guiñando el ojo y con medias palabras llenas de misterio, y hasta esta mañana no he descubierto la clave, por demás bufa, de todas esas reticencias.

»Había leído en los papelotes que de cuando en cuando el gerente hacía bailar á nuestros ojos, como un abanico para dar aire á sus bambollas, la escritura de venta de una cantera de mármol en el lugar llamado «de Taverna,» á dos horas de Pozzonegro. Aprovechando nuestra estancia aquí, esta mañana, guiado por uno de esos mocetones de por ahí, más ligero que un gamo, verdadero tipo de cazador furtivo ó de contrabandista, con su gruesa pipa encarnada en la boca y en bandolera el fusil, encaminéme á Taverna. Después de una marcha espantosa al través de peñas resquebrajadas, barrancos, abismos de una profundidad insondable, hemos llegado, por una bajada casi á pico, al término de nuestro viaje, un inmenso desierto de rocas completamente peladas y blancas por los excrementos de gaviota y de quincho, porque al pie, á poca distancia, está el mar, y no se oye otro ruido que el de las olas al romper y los chillidos estridentes de las bandadas de aves que revolotean en espiral. Mi guía, que siente un sagrado horror á los aduaneros y á los gendarmes, se

quedó en lo alto de las rocas, á causa de un pequeño puesto de los primeros que vigila la playa, y yo me encaminé á un gran edificio rojo que erguía en aquella soledad sus tres pisos con los cristales rotos, con las tejas descalabradas, con un inmenso letrero encima de la puerta carcomida: «Caja territorial. Can... mol... 54.» La tramontana, el sol y la lluvia se han comido lo restante.

»Parece que en realidad hubo allí conatos de explotación, según lo demuestra un ancho boquerón cuadrado, recortado, abierto en el suelo, que muestra en toda la extensión de sus carcomidas paredes unas manchas rojizas como de lepra, con vetas negruzcas, y en el fondo cubiertos de malezas, enormes bloques de ese mármol que en el comercio se denomina *griotta*, bloques enterrados de que no se ha podido sacar partido alguno por falta de una buena carretera que llegue hasta el pie de la explotación, ó de un puerto que haga accesible la playa á los buques, y sobre todo por falta de recursos suficientes para uno y otro de esos dos proyectos. Así es que la cantera está abandonada á pocas brazas de la costa. Estos detalles acerca de la lamentable historia de nuestra riqueza territorial me han sido suministrados por un infeliz guardián, consumido de fiebre, á quien he encontrado en la sala baja del mentado edificio, probando á ver si lograba asar un pedazo de cabrito en el humo acre de un haz de lentiscos.

»Este sujeto, que constituye por sí solo todo el personal de la *Caja territorial* en Córcega, fué marido del ama de cría de Paganetti, ex guardián de faro á quien la soledad no pesa. El gobernador le deja allí, ya por compasión, ya porque una carta de vez en cuando, fechada en la cantera de Taverna, hace un buen efecto en las juntas de accionistas. Me ha costado mucho hacer saltar alguna noticia á aquel sér que tiene tres cuartas partes de salvaje y que me miraba con desconfianza; por él he sabido, con todo, y sin que él lo pensase, lo que entienden los corsos por la palabra camino de hierro, y por qué emplean tanto misterio al hablar de ella. Estaba yo sonsacándole á ver si tenía noticia de un proyecto de vía férrea en aquella comarca. Al oír la consabida palabra, el

pobre anciano no ha sonreído con la maliciosa sonrisa de sus compatriotas, sino que con toda naturalidad y con su voz mohosa y difícil como una cerradura vieja que apenas se hace servir, me ha dicho en francés bastante correcto:

—»Oh, señor, aquí no hay necesidad de caminos de hierro.

—»¿Cómo no, si nada hay más edecuado ni más útil para facilitar las comunicaciones?...

—»No lo niego; pero aquí, entre nosotros, basta con los gendarmes...

—»¿Los gendarmes?

—»Vaya que sí.

»El quid pro quo duró cosa de cinco minutos, al cabo de los cuales acabé por comprender que aquí le llaman «camino de hierro» al cuerpo de la policía secreta. Como hay en el continente muchos corsos polizontes, sus familias, para designar el innoble oficio en que se ocupan, se valen de aquel eufemismo decente. Preguntáis á la familia: «¿Dónde está vuestro hermano Ambrosini? ¿Qué se ha hecho de vuestro tío Barbicaglia?» Y os contestan guiñando el ojo: «Está empleado en caminos de hierro...» Y ya todo el mundo sabe lo que quieren decir. Entre el pueblo, entre la gente baja que ni han visto nunca ni saben lo que es un camino de hierro, se tiene por artículo de fe que la gran administración secreta de policía imperial no tiene otro nombre que el indicado. Nuestro agente principal en el país comparte esta encantadora inocencia: así no hay que decir cuál será el estado de la *Línea de Ajaccio á Bastia, por Bonifacio, Porto Vecchio, etcétera*, como dicen los voluminosos libros de tapas verdes de la casa Paganetti. En resúmen, todo el haber de la banca territorial se reduce á algunos cartelones, dos caserones derruidos, digno todo ello á duras penas de figurar en el corral de demoliciones de la calle de San Fernando, cuyas veletas oigo chirriar, y estrellarse en el vacío las carcomidas puertas cada noche al dormirme.

»Pero entonces, ¿á dónde han ido, á dónde van á parar las enormes sumas que M. Jansoulet ha aportado durante los últimos cinco meses, sin contar lo que ha llovido

de fuera atraído por ese mágico nombre? Yo estaba convencido, como vos, de que todos esos sondeos, aforos, compras de terreno que figuran en los libros, siempre por miles, habrían sido recargados más de lo regular. ¿Pero cómo sospechar tamaña desvergüenza? He ahí por qué el gobernador se resistía tanto á la idea de que yo les acompañase en esta excursión electoral... Por ahora no he querido decir una palabra. Harto aviado anda el pobre Nabab con su elección. Pero una vez lleguemos á casa, voy á hacerle ver por sus propios ojos todos los detalles que he podido recoger, y he de sacarle de las garras de esos bandidos... Los de abajo han concluido ya. El viejo Piedigriggio atraviesa la plaza arreglando su larga bolsa de aldeano que no parece que esté muy vacía. Trato cerrado á lo que se ve. Hasta luego, mi querido señor Joyeuse; recuerdos á las señoritas, y que me guarden un roncito alrededor de la mesa de labores.

PABLO DE GÉRY.»

El torbellino electoral en que habian estado envueltos en Córcega cruzó el mar detrás de ellos como un golpe de sirocco; siguióles á París y se coló con su viento de locura en las habitaciones de la plaza Vendôme, invadidas desde la mañana hasta la noche por el elemento de costumbre, aumentado esta vez por la afluencia constante de hombrecillos morenos como algarrobas, de testas regulares y barbudas, turbulentos, tartajosos y charlatanes los unos á la manera de Paganetti—silenciosos, reservados y dogmáticos los otros; los dos tipos de la raza en la cual un mismo clima produce efectos diversos. Todos estos insulares hambrientos se daban cita en la mesa del Nabab, cuya casa se hallaba convertida en mesón, en restaurant, en mercado. En el comedor, donde estaba siempre puesta la mesa, no faltaba nunca un curso recién llegado á punto de hacer su colacioncilla con la cara asombrada y golosa de un pariente del campo.

La raza chacharera y movediza de los agentes electorales es la misma por todas partes: aquellos se distinguan, sin embargo, por una mayor vehemencia, por un celo más apasionado, por una petulancia pavuna á cien

grados. El escribano, el investigador, el secretario de ayuntamiento, el maestro de escuela más insignificant e, hablaban como si tuviesen á sus órdenes todo un distrito. Y la verdad es que en las poblaciones corsas, el mismo Jansoulet había podido observarlo, las familias son tan antiguas, vienen de tan poca cosa y se ramifican á tal punto, que hay pobre diablo que se gana la vida poco menos que pidiendo limosna y todavía encuentra medio de entroncar con los personajes más empingorotados de la isla y disponer por este medio de una influencia importantísima. El temperamento nacional, orgulloso, socarrón, intrigante, vengativo acaba de embrollar semejantes complicaciones, por donde hay que ir con mucho tiento antes de poner el pie en esta maraña de hilos tendidos de un pueblo á otro.

Lo más terrible era que toda aquella gente se detestaban, tenían celos los unos de los otros, y á la mitad de la comida se echaban á reñir á propósito de la elección, asestándose miradas sombrías, levantando la voz todos á un tiempo, los unos en el dialecto genovés sonoro y duro, los otros en el francés más cómico, zahiriéndose con los insultos más atroces, arrojándose á la cabeza nombres de villorrios desconocidos, fechas de historias locales que ponían de repente entre cubierto y cubierto dos siglos de odios de familia. El Nabab temía á cada paso ver terminar trágicamente sus convites, y procuraba apaciguar todas aquellas violencias con la conciliación de su sonrisa bonachona. Pero Paganetti le tranquilizaba. Según él, la *vendetta*, subsistente aún en Córcega, no emplea sino muy rara vez, y aun entre la clase ínfima, la navaja ó la escopeta. Ha venido á sustituirlas el anónimo. Con efecto, no pasaba día que en la plaza de Vendôme no se recibiesen cartas sin firmar por el estilo de la presente:

—«Señor Jansoulet, sois tan generoso que no puedo menos de llamaros la atención acerca del señor Bornalinco (Ángel María) que es un traidor vendido á vuestros enemigos; muy al revés de su primo Bornalinco (Luis-Tomás), partidario decidido de la buena causa, etc.»

Ó bien:

«Señor Jansoulet, temo que vuestra elección no surtirá

ningún resultado y que vais por mal camino para llegar al éxito, si seguís empleando al llamado Castirla (Josué), del cantón de Omessa, al paso que su pariente Luciani es el hombre que necesitáis...»

Aun cuando había acabado por no leer ni una sola de semejantes misivas, el pobre candidato sufría el traqueteo de todas esas dudas, de todas esas pasiones, preso en un engranaje de mezquinas intriguillas, lleno de terrores, de recelos, comprendiendo la verdad del proverbio corso: «Si quieres mal á tu enemigo, desea para él una elección en su familia.»

No hay que decir si jugarían un gran papel el libro tatonario y los tres grandes cajones de la cómoda de caoba, ante esa tromba de langostas devoradoras que se había lanzado á los salones de «*Moussiou Jansoulet*». Nada más cómico que el modo altanero como hacían sus empréstitos aquellos bravos insulares, bruscamente, con aire de reto. Pero no eran aún estos los más terribles. Así como en las temporadas de fuertes calores las llagas se ponen encendidas y envenenadas, así la elección había determinado una asombrosa recrudescencia en la pillería instalada en la casa. Gastos considerables de publicidad, los artículos de Moëssard remitidos á Córcega por paquetes de veinte, de treinta mil ejemplares, con retratos, biografías folletos, todo el ruido impreso que puede armarse alrededor de un nombre... Y luego el funcionamiento habitual de las bombas aspirantes montadas al pie del gran depósito de los millones. Aquí la obra de Betlehem, máquina poderosa, procediendo por golpes acompasados y briosos... La Caja territorial, aspirador maravilloso infatigable, de triple ó cuádruple caldera, con una porción de millares de caballos de fuerza; y la bomba Schwalbach, y la bomba Bois-l'Héry, y tantas otras bombas, enormes, ruidosas, de pistón descarado éstas—sordas, discretas las de más allá, con sus tornillos perfectamente untados de aceite, de válvulas pequeñas, verdaderos juguetes, tenues como esas trompas de insectos que chupan tan delicadamente y luego en la picadura á que deben la vida dejan un poquillo de veneno, pero funcionando todas con idéntica precisión, y destinadas faltamente, si no á secar del todo el manantial, á disminuir notablemente su nivel.

Ya por la Bolsa habían comenzado á cundir rumores desfavorables, aunque vagos. ¿Era tal vez una maniobra del enemigo, de ese Hemerlingue á quien Jansoulet hacía una guerra de dinero encarnizada, empeñado en frustrar todas sus operaciones financieras y perdiendo fuertes sumas en cada jugada, como que tenía en contra suya su propio furor, la sangre fría de su adversario, y las torpezas de Paganetti que era su hombre de paja? Fuese lo que fuese, la estrella de oro comenzaba á palidecer. Pablo de Géry sabía todo esto por conducto de Joyeuse, que había entrado de dependiente en casa de un corredor y que estaba muy al corriente de los asuntos de Bolsa; pero lo que principalmente le asustaba era la singular agitación del Nabab, su empeño en aturdirse á sí propio, en vez de su antigua serenidad, de su impertérrita calma, y la pérdida de su templanza meridional. Se conocía que no reparaba en abusar de sí propio con tal de sustraerse á una preocupación que, así y todo, despuntaba á lo mejor en la contracción instantánea de los músculos de su cara al paso de la importuna idea, ó cuando hojeaba febrilmente su carterita desdorada. Aquella seria entrevista, aquella explicación decisiva que Pablo anhelaba tener con él, Jansoulet la eludía á toda costa. Pasaba las noches en el casino, las mañanas en la cama, y en cuanto abría los ojos su cuarto se llenaba de gente, que le hablaban mientras iba vistiéndose, y á los cuales él contestaba de narices en la palangana. Cuando, por milagro, de Géry le cogía á solas un segundo, se le escabullía deshaciéndose (de él con un: «Ahora no, permitidme...») Al fin no le quedó al joven más camino que el de los recursos heroicos.

Una mañana, á cosa de las cinco, al volver del casino, Jansoulet encontró encima de la mesa, junto á la cama, una carta que en el primer momento tomó por una de esas denuncias anónimas que le llegaban cada día. Tratábase, en efecto, de una denuncia, pero firmada, á cara descubierta, respirando la lealtad y la juventud formal de quien la había escrito. De Géry le detallaba punto por punto todas las infamias de que estaba rodeado, designando por su nombre y apellido á cada uno de los bribones. No había uno tan sólo de sus comensales ordinarios que no le fuese

sospechoso, ni uno que fuese allí más que para robar ó mentir. Del uno al otro cabo de la casa todo era saqueo y despilfarro. Los caballos de Bois-l'Héry averiados; la galería Schwalbach una primada; los artículos de Moësard un bombo en el cual nadie creía. Pero el capítulo acerca del cual, como del verdadero peligro de la situación, llanaba particularmente la atención de Jansoulet era el de la *Caja territorial*. En los restantes asuntos sólo el dinero corría peligro: en aquél, además del dinero, la honra. Atraídos á aquella infame celada por el nombre del Nabab y su título de presidente del Consejo, habían acudido centenares de accionistas creyendo seguro el oro con ir á la zaga de minero tan afortunado. De ahí dimanaba para él una tremenda responsabilidad, de cuyo alcance se daría cuenta con enterarse del legajo relativo á aquel asunto que no era sino embustería y trapisonda desde el principio al fin. «Encontraréis la memoria en cuestión, decía Pablo de Géry poniendo punto final á su carta, en el primer cajón de mi escritorio. Allí encontraréis también una porción de recibos. No he querido dejarlo en vuestro cuarto porque fío en Noël tanto como en los demás. Esta noche, antes de irme, os entregaré la llave. Porque me voy, querido bienhechor y amigo mío, me voy lleno de reconocimiento por los favores que me habéis dispensado, y sintiendo en el alma que vuestra ciega confianza no me haya permitido corresponder á ellos como hubiera querido. En el punto á que hemos llegado, mi conciencia de hombre de bien me veda seguir ocupando un puesto que sé que es inútil. Asisto á un desastre, al saqueo de un palacio de verano, sin poder impedirlo; pero la conciencia se me subleva ante semejante espectáculo. No debo estrechar manos que me deshonoran. Soy vuestro amigo, y parezco vuestro cómplice. ¿Y quién sabe si á fuerza de vivir en una atmósfera semejante llegaría á serlo de verdad?»

Esta carta, la cual leyó lenta, profundamente, línea á línea y palabra por palabra, produjo en el Nabab una impresión tan viva, que en vez de meterse en cama se encaminó acto seguido al cuarto de su secretario. Toda la casa dormía aún. Al cruzar por la larga fila de salones, los

cuales, como que no servían para recepciones de noche, tenían siempre abiertos los postigos y se iluminaban á aquella hora con los vagos albores de una madrugada en París, el Nabab se detuvo, sorprendido por el aspecto de triste inmundicia que le ofrecía su lujo. En el denso vaho que flotaba de tabaco y de licores diversos, los muebles, los plafones, el maderamen aparecían ajados ya y todavía nuevos. Las manchas en los rasos apañuscados, las cenizas empañando los lucientes mármoles, las huellas de las botas marcadas en las alfombras, traían á la memoria el calor de la atroz comedia que se representaba allí un día y otro, y veía surgir á sus ojos, reflejada en veinte espejos fríos y descoloridos, su propia imagen á la vez cómica y siniestra, sus ojos hinchados, su rostro encendido y grosero, en contraste con la última moda de su traje.

¡Qué porvenir visible y desencantador aguardaba á la vida de locuras que llevaba!

Un instante estuvo sumido en tan sombrías reflexiones; pero luego sacudió vigorosamente las espaldas, con ese movimiento de mozo de cordel que le era familiar y con el cual se desembarazaba de las preocupaciones demasiado crueles, y devolvía á su asiento ese fardo que llevamos todos á cuestas, que nos dobla el cuerpo más ó menos según sean el valor y la fuerza de cada uno, y penetró en el cuarto de Géry, quien estaba ya levantado y en pie frente á su escritorio abierto, arreglando sus papeles.

—Ante todo, amigo mío, dijo Jansoulet, cerrando suavemente la puerta para que nadie les oyese, contestad con franqueza á una pregunta. ¿Son en realidad los que exponéis en vuestra carta los motivos que os obligan á abandonarme? ¿No hay acaso en el fondo alguna de esas infamias que yo sé que se hacen correr por París en contra mía? Estoy seguro de que seréis lo bastante leal para advertírmelo y para ponerme en condiciones de... de disculparme para con vos.

Pablo le aseguró que su marcha no obedecía á otras razones que á las expuestas, las cuales, en su entender, bastaban y sobaban, siendo, como era aquella, cuestión de conciencia.

—Siendo así, hijo mío, oíd lo que voy á deciros, y se-

guro estoy de que no os iréis... Vuestra carta, tan elocuente por su honradez, por su sinceridad, no me ha hecho saber nada, nada absolutamente de que no esté yo convencido tres meses ha. Sí, querido Pablo; tenéis razón; París es más complicado de lo que yo creía. Faltóme á mi llegada un cicerone honrado y desinteresado que me pusiese en guardia contra personas y cosas. Yo no he encontrado sino explotadores. Cuanto encierra la ciudad en punto á pillería de mal género ha acudido á dejar el barro de sus botas en mis alfombras... ¡Pobres salones! Les hace falta un buen golpe de escoba, y os juro que se dará y fuerte... Pero he de aguardar hasta que sea diputado. Todos esos bribones me sirven para mi elección, y esta elección la necesito demasiado para renunciar al más mínimo de los recursos... He aquí, en pocas palabras, cuál es mi situación. No tan sólo el Bey se niega á devolverme el dinero que le he prestado últimamente, sino que á mi reclamación ha contestado reconviéndome por ochenta millones en que calcula el dinero que he sustraído á su hermano... Esto es un robo infame, una calumnia atrevida... Mi fortuna es mía y bien mía... Me la he ganado con mi tráfico de comisionista. Contaba con el favor de Ahmed; él mismo me facilitó las ocasiones de hacer fortuna... Que alguna vez haya apretado el tornillo más de lo regular, no lo negaré en absoluto. Pero no hay que mirar esas cosas con ojos de europeo... Algo más podría yo contar de ese miserable Hemerlingue, alma de la persecución del Bey en contra mía... ¿Pero á qué discutir? estoy metido en la boca del lobo. Mientras llega la hora de explicarme ante sus tribunales—ya sé de sobra lo que es la justicia de Oriente,—el Bey ha comenzado por poner en secuestro todos mis bienes, buques, palacios y cuanto hay dentro de ellos... El asunto ha sido llevado con toda regularidad y mediante decreto del Consejo Supremo. En todo esto se ve la mano de Hemerlingue hijo... Si logro ser diputado, la cosa no pasará de una broma. El Consejo revocará su decreto y se me devolverán mis tesoros. Si no, lo pierdo todo, sesenta, ochenta millones, hasta la posibilidad de rehacer mi fortuna; será la ruina, el deshonor, el abismo... ¿Y os atreveréis á abandonarme,

hijo mío, en mitad de una crisis semejante?... Pensad que ya no me queda más que vos en el mundo... ¿Mi mujer? Ya la habéis visto, ya sabéis qué apoyo, qué consejo puede ir á buscar en ella su marido... ¿Mis hijos? Es como si no los tuviese. Ni los veo nunca, ni apenas me reconocerían en la calle... Mi lujo desenfrenado ha hecho el vacío de las afecciones á mi alrededor, reemplazándolas por intereses desvergonzados... Ya no me queda otro amor que el de mi madre que está lejos, y el vuestro que se lo debo á mi madre... No me dejaréis abandonado al cúmulo de calumnias que se arrastran en torno mío... ¡Ah! si supiéseis lo terrible que es!.. En el casino, en el teatro, á donde quiera que vaya, veo asomar la cabecita de víbora de la baronesa Hemerlingue, oigo el eco de sus silbidos, siento el veneno de su rabia. Por todas partes miradas burlo-nas, conversaciones que interrumpen mi llegada, sonrisas que mienten ó benevolencias en que despunta la compasión. Añadid á todo esto decepciones tras decepciones, gentes que se apartan como ante la proximidad de una desgracia. Ahí está, si no, Felicia Ruys, quien en el momento de acabar mi busto pretexto no sé qué accidente para no mandarlo á la Exposición. Yo no he dicho nada; antes he hecho ver que lo creía. Pero he comprendido que también por ese lado mediaba alguna infamia... Y creed que es para mí una gran decepción. En una crisis tan grave como la que atravieso, todo tiene su importancia. Mi busto en la Exposición, con la firma de ese nombre famoso, me hubiera servido de mucho en París... Pero no, todo se derrumba, todo me falta... Ya veis, pues, que vos no podéis faltarme...»

